

La lectura de este trabajo permite apreciar que en el estado de Campeche surgieron dos polos de desarrollo representados por el puerto de Campeche y la isla del Carmen. La comercialización de las materias primas producidas en la región, y en sus alrededores, y de la madera que se extraía a lo largo del río Usumacinta, que era exportada por El Carmen, hicieron que ambos puertos adquirieran relevancia. Quedaría pendiente un trabajo sobre los distintos momentos de auge y decadencia del Carmen y Campeche y su impacto en los ámbitos sociopolíticos de las regiones circundantes. Aún persiste esta bipolaridad, pues alrededor del Carmen se extrae una parte importante del crudo que se produce en el país y el petróleo es, por supuesto, el principal recurso con que actualmente cuenta el estado.

La segunda parte del trabajo, referida a la historia de Campeche como estado independiente, es sin duda una de las más importantes a causa del vacío que existe en la historiografía sobre el segundo tramo del siglo XIX. Haciendo acopio de un gran esfuerzo de interpretación de materiales dispersos y escasos, la obra ofrece una visión coherente y breve del acontecer hasta el periodo porfiriano.

Una serie de caudillos con arraigo local se disputaron el poder a partir de la secesión de Campeche. No fue sino hasta avanzado el porfirato cuando los intereses del centro tuvieron mayor injerencia sobre la política local. Esta situación no solamente se explica por el carácter de la política porfiriana, sino también por la presencia de campechanos con la habilidad política de

un Joaquín Baranda, que lograron in crustarse en la administración federal con cargos de peso significativo. El epílogo del libro es la revolución, periodo durante el cual si bien no se produjeron importantes movilizaciones en el estado, no por ello dejaron de tener impacto los acontecimientos del país. Este último capítulo es sumamente breve y seguramente amerita que se le hubiera concedido una mayor extensión.

Si bien el texto de Negrín es, como él mismo advierte, una pequeña contribución al conocimiento de la historia de esta entidad del sureste del país, tiene el mérito de presentar una visión coherente y sistematizada del devenir de Campeche. Su lectura permite reconocer las lagunas y los aspectos poco estudiados de la centuria pasada y es una invitación a que los historiadores locales se lancen al estudio de su pasado. Infinidad de temas fundamentales para la comprensión de la historia campechana están en espera de autor, como la guerra de Castas, la revolución, el estudio de la oligarquía comercial y de sus relaciones con el exterior, y el papel que ha jugado la región del Carmen en la historia campechana, entre otros.

María del Carmen Collado Herrera
INSTITUTO MORA

Enrique Plasencia de la Parra, *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1991 (Regiones).

El objetivo explícito de este libro es analizar los discursos conmemorativos del inicio y consumación de la independencia de nuestro país y descubrir en ellos "las ilusiones, esperanzas, temores, complejos, desilusiones y, en el extremo, el deseo de expiación y holocausto de varias generaciones de mexicanos" (p. 9).

Como todos sabemos, apenas México consiguió su independencia de España, se iniciaron los primeros intentos de crear una nueva liturgia civil que se contrapusiera a las prácticas oficiales de la colonia que mezclaba distintos ingredientes religiosos y seculares. La creación de una religión oficial con la cual se identificaran los antiguos novohispanos fue una tarea larga, que se llevaría a cabo después de varias décadas de intentos. Para esta religión oficial, el concepto de independencia era de vital importancia pues, a partir de éste, se podían definir, atacar o justificar los caminos tomados por la nueva nación y entender la clase de futuro que cabía esperar de ella. En este sentido, los discursos y arengas políticas eran, tal vez, el mejor vehículo para tratar de inculcar en un público muy amplio estos principios de una conciencia nacional.

En nuestros días, son pocos, aparte de los políticos, los que examinan con cuidado el discurso oficial. Éste, por lo general, nos trae amargos recuerdos y por lo mismo se tiende a tratarlo con indiferencia. Este sentimiento tampoco es extraño para los investigadores del siglo XIX mexicano. El discurso oficial de entonces, además de estar escrito en una prosa que se pretendía grandilocuente y que choca

con nuestra sensibilidad actual, se encontraba de forma más que evidente al servicio de las distintas facciones políticas. No se debe buscar en él verdades objetivas, sino los intereses de un grupo y sus planes para actuar en cada momento específico.

Todo esto lo entendió perfectamente Enrique Plasencia, y en su libro nos brinda una rica visión de estos intereses y coyunturas escondidos dentro de los discursos políticos. Conforme se lee la obra, van saliendo a la luz las principales preocupaciones de las autoridades y partidos políticos de entonces, preocupaciones que reflejan cambios reales en el sentir de la población políticamente activa del país.

El eje del libro es la idea que cada grupo tuvo de la independencia de México y de cómo la adaptaron para apoyar sus causas. Federalistas y liberales adoptaron como símbolo del nacimiento de la nueva nación a Miguel Hidalgo y como fecha conmemorativa el 16 de septiembre, mientras los centralistas, y luego los conservadores, celebraban el 27 de septiembre y a Iturbide. Con el correr de los años hubo, por supuesto, interpretaciones muy cambiantes de la gesta independentista y préstamos e intercalaciones entre estas dos corrientes. Entre 1825 y 1830 la versión federalista fue preponderante, pero con la llegada al poder de presidentes menos radicales, y la posterior instauración de la república centralista, los seguidores de Iturbide comenzaron a ganar terreno. La derrota en la guerra contra Estados Unidos, en vez de unir a las facciones, polarizó sus diferencias y demostró su incapacidad por crear la

conciencia nacionalista que tan afanosamente trataban de imbuir en el resto de los mexicanos.

Tras unos años de vacilaciones, la generación de la reforma dio un nuevo significado a la independencia mexicana y a sus héroes: para los liberales, Hidalgo pasó a ser el símbolo de su lucha, pues éste se identificaba con el anhelo de México de conquistar definitivamente su libertad. Mientras tanto los conservadores se aferraban a la figura de Iturbide como estandarte político, pese a que su actuación histórica no fue tan "limpia" como la del cura de Dolores. Maximiliano, asombrando de nuevo al grupo conservador que lo llevó al trono mexicano, acogió con gusto la figura de Hidalgo y declaró como única oficial la celebración del 16 de septiembre. Sin embargo, sería la versión liberal la que finalmente se impondría, aportando una interpretación distinta, aunque políticamente oportuna, a la lucha por la independencia. Según su punto de vista, ellos habían terminado la lucha iniciada por Hidalgo más de medio siglo antes pues, al eliminar las trabas heredadas de la época del dominio español, habían logrado forjar un país distinto que, hasta ahora, podía iniciar su camino como un verdadero Estado nacional. Finalmente, sería esta versión liberal de la independencia la que se consolidaría con tal fuerza que aún forma parte de la conciencia colectiva nacional.

Además de explorar los cambios en el concepto y uso de la lucha independentista, el libro de Enrique Plasencia de la Parra analiza otros conceptos de gran importancia para el momento, como el surgimiento y brusco

declive del optimismo nacionalista; el papel de España como potencia civilizadora o esclavizadora de México y la función de los héroes en la formación de la nación y su legado a ésta.

La principal virtud del presente libro es la de rescatar para la historiografía actual fuentes por mucho tiempo desdeñadas por los investigadores, demostrando así que cualquier clase de huella del pasado nos puede ofrecer un conocimiento importante de éste si se le trata con la debida crítica y respeto. Dentro de esta labor de rescate, es necesario señalar que una aportación más de la obra es su exposición de varios discursos que pueden ser considerados como piezas políticas de importancia. Un discurso de Benito Juárez dicho en Oaxaca en 1840 y otro de Mariano Otero dado el año siguiente en Guadaluajara, esbozan con claridad algunas ideas que serían muy importantes en el desarrollo de su vida política.

Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo es un libro bien escrito, que afirma el valor de la conseja popular que dice "quien bien piensa, bien escribe". El texto no sólo está bien estructurado, sino que resuelve cada uno de los temas que trata con transparencia y eficacia, lo que se debe a la capacidad de síntesis del autor. El estilo de la narración permite que la obra entera posea ligereza y amenidad, a la vez que la pone al alcance del lector no especializado, sin que se pierda en ningún momento el rigor historiográfico.

Martín González de la Vara
IIH-UNAM